

El Teatro español y su hora presente

Por JOSÉ MONTERO ALONSO

Se teoriza con frecuencia, largamente, sobre el Teatro español y su actual momento. Si la creación escénica no es mejor, no cabe atribuir el fallo a falta de análisis, recetas, recomendaciones, estudios y consejos. Pero, ¿está realmente enfermo el Teatro, nuestro Teatro? ¿Cuáles son los signos de esa enfermedad que por muchos se le atribuye? ¿Cuáles las muestras de ese estado que se estima patológico? Acaso, en definitiva, se trata de un fenómeno de falta de perspectiva: el ejemplo típico, inmarchitable, de los árboles que no dejan ver el bosque. Vivimos nuestro día, con más prisa que nunca, desinteresándonos del ayer y del mañana. La Historia —y la cultura y el arte son historia— es continuidad. La misma vida es continuidad, no fragmento, ni episodio aislado o creación solitaria. Hay, por tanto, que considerar el Teatro dentro de un proceso de continuidad, dentro de una trayectoria evolutiva. ¿Cuál es, dentro de ese proceso y de esa trayectoria, el actual momento de nuestra



JOSÉ MONTERO ALONSO, de un estrato cultural extenso y vario, es, ante todo, un excelente periodista formado por vocación entre libros y el trasiego de la calle. Pero, además, sus ansias de superación, como todo buen hombre de letras, no limitaron sus actividades al reducido y a la par amplio campo del periodismo, donde ha conseguido el máximo entorchado profesional, nada menos —entre otras innumerables recompensas— que el Premio Nacional de Periodismo del año 1953; pluma ágil y profunda a la vez, ha destacado en el ensayo y ha entrado en el Teatro a través de obras propias y traducidas que han alcanzado merecidos éxitos. Autoridad, por tanto, en esta apasionante y siempre sugestiva materia de lo teatral, nos ofrece en este artículo una opinión objetiva, desapasionada, y para nosotros acertada, sobre la hora presente del Teatro español.

escena? ¿Cuáles son sus características, sus virtudes, sus carencias? ¿Qué tiene y qué no tiene la creación teatral de nuestro tiempo? Nuestras palabras de hoy tratan de dar una respuesta a este índice de interrogaciones, con el propósito de fijar un poco la fisonomía del Teatro de esta hora.

* * *

Como en tantas otras actividades, 1936 marca en el Teatro una fecha decisiva. Prácticamente la vida del Teatro se interrumpe durante tres años, y la interrupción no es sólo material. Aquella fecha marca un punto y aparte en la vida de la creación escénica. Al hacer la historia del Teatro contemporáneo habrá que hacerla hasta 1936 y a partir de 1936. Un apretado grupo de figuras se ligará para siempre a los años anteriores a la Cruzada. Otro grupo se vinculará a los años posteriores. El teatro del primer cuarto de siglo es el antecedente inmediato —en cuanto al tiempo— del teatro que va a surgir a partir de 1936. Un

gran nombre centra la creación anterior a nuestra Cruzada: el de don Jacinto Benavente. Mas el suyo no es un nombre solitario, ni su obra aparece aisladamente. Otras direcciones dan, al mismo tiempo, una extraordinaria variedad al teatro español de aquella época. La labor quinteriana crea sobre nuestros tabladros todo un mundo de garbosas sonrisas meridionales. Vibran aún la garra de Galdós y el bravo coraje popular de Dicenta. El género de verso ofrece los nombres de Marquina, de Villaespesa, de Ardavín, de López Martín, de Godoy y López Alarcón, de Rey Soto. Arniches anima la rica galería de sus tipos populares, de su diálogo zumbón, de sus situaciones de seguro efectismo. Lo cómico cuenta con la personalidad trepidante de Pedro Muñoz Seca, fértil, alegre, inagotable. Hombres alejados habitualmente de la escena —Valle Inclán, «Azorín», Ramón Gómez de la Serna, Sánchez Mejías, Valentín Andrés Álvarez— dan al Teatro un acento de interés y de inquietud. Surgen Pezmán, Jardiel Poncela, Casona, Juan Ignacio Luca de Tena... Hay, en fin, personalidad y variedad, acento propio y característico, en la amplia y multiforme creación de los años anteriores a 1936. Como hay, también, en ella un reflejo de las ideas de la época —en Benavente, en Federico Oliver, en otros escritores—. Cabe rastrear el espíritu, los modos, las inquietudes de aquel tiempo en parte del teatro entonces nacido a la vida del público.

1936 marca el corte casi tajante entre una y otra época teatral. En muy poco tiempo, la muerte interrumpe la vida y la obra de muchos autores caracterizados: Arniches, Linares Rivas, los Quintero, Muñoz Seca, García Lorca... Otros que conocieron el éxito viven aho-

ra en la penumbra. Casi de un modo brusco, la decoración de la vida escénica ha cambiado totalmente. Apenas más que don Jacinto sobrevive de todo el teatro anterior. Son ahora otros los nombres de la nueva escena. ¿Cómo es ésta? ¿Cuáles son sus excelencias o sus fallos? ¿Qué ha ganado y qué ha perdido? Los años transcurridos desde el término de la contienda interior permiten poner ya alguna perspectiva en lo que ha sido el teatro posterior a 1936.

* * *

Nuestro Teatro ha perdido su personalidad, se ha desvinculado de una línea y unas características que venían siéndole tradicionales. Ha ganado, seguramente, en universalidad. Mas a costa de perder aquellos acentos propios —que van desde Arniches a los Quintero, y desde Valle Inclán a Muñoz Seca— que hacían de él una parcela literaria de magnífico perfil nacional. Muchas de las actuales comedias que Madrid conoce son iguales —en tipos, en conflictos, en desarrollo— a las que pudiera conocer París, Londres o Roma. Se ha pasado de la diversidad a la uniformidad. ¿Influencia, acaso, de las traducciones? Las hubo siempre en nuestros escenarios. ¿Quizás una mayor cultura, un mayor cosmopolitismo de nuestros autores? Benavente y Martínez Sierra estaban, antes, siempre «a la page» de lo que se hacía por los teatros del mundo. Buscar las razones del hecho daría a este breve ensayo —de carácter deliberadamente sintético, esquemático— una longitud que iría más allá del propósito. Quede constancia del hecho: nuestro Teatro se ha uniformado, se ha universalizado, perdiendo, en cambio, la diversidad y la personalidad netamente española que en otro tiempo tuvo.

¿Está el latido de nuestra hora en la actual creación escénica? Si antes cabía rastrear la fisonomía y la preocupación de un tiempo en el Teatro, ¿se podrá hacer lo mismo buscando las huellas de nuestra época en el teatro de hoy? Estimamos que en general —siempre las posibles excepciones— el teatro de ahora está desinteresado de la angustia y la esperanza de la vida presente, de la preocupación del hombre de nuestro tiempo. Conocida es la vieja teoría del arte por el arte, de la creación sin un propósito moral, de la belleza cuyo fin está en sí misma. Mas, ¿hasta qué punto, en épocas transidas de dolor y de temor caben ese apartamiento, esa actitud egoísta, ese desinterés de la gran crisis humana? Se ha dicho que el arte es bello o no lo es, simplemente, sin que hayan de exigírsele otros fines u otras características. Acaso esto sea posible en épocas de sosiego espiritual, de equilibrio, de existencia ordenada y pautaada. Pero cuando la vida entera del mundo vive una hora de incertidumbre y se está en una noche de la que se ignora el alba, el Teatro —proyección del alma de un hombre— no puede aparecer desinteresado de la gigantesca zozobra, ajeno a la total angustia. En este sentido, creemos que la creación escénica posterior a la guerra está más desvinculada de su tiempo que lo estuvo, en relación con el suyo, el teatro anterior a 1936.

* * *

Creemos, en cambio, que se ha ganado en perfección técnica, en rigor de construcción. Lo que de oficio y de aprendizaje, de «carpintería» hay en el Teatro, es conocido y manejado hoy con airosa soltura por nuestros nuevos comediógrafos. Si se ha perdido en ner-

(Pasa a la pág. 60)



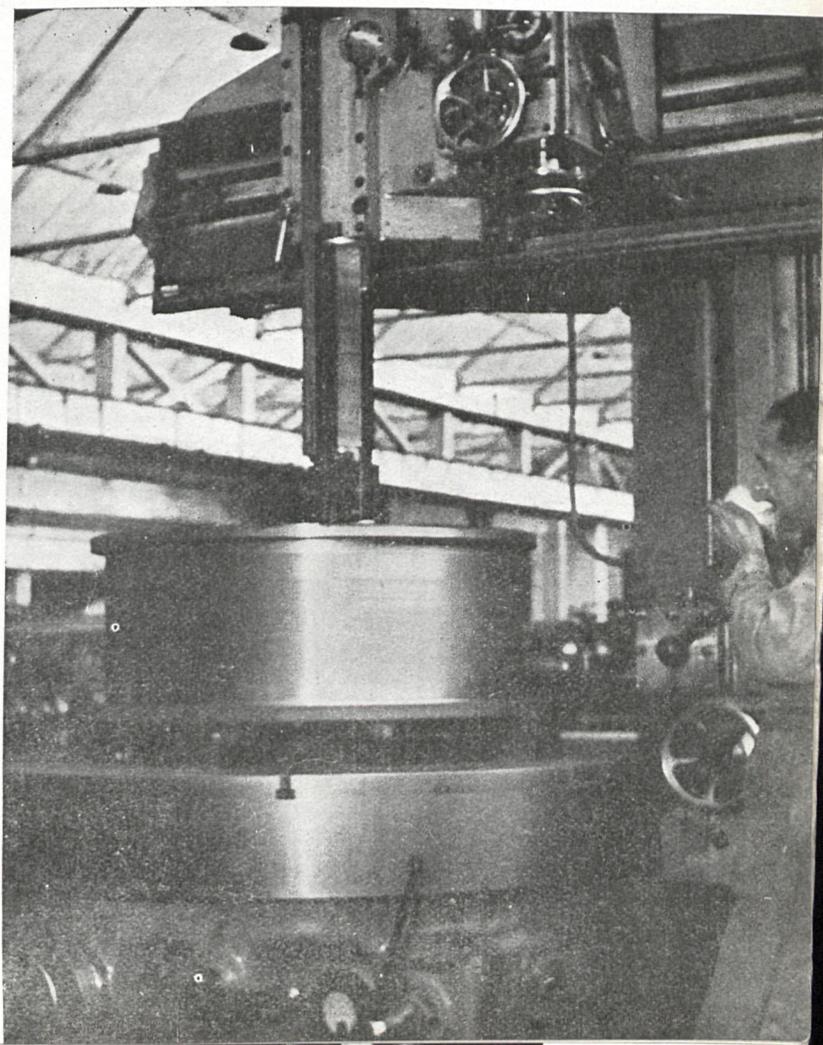
En la industria química, con 1.074 establecimientos, es en la que más nos acercamos a Barcelona, que tiene 1.975

Se construyen motos, camiones, aeroplanos, torpedos, radios, teléfonos, lámparas...

MADRID ya no es la ciudad alegre y confiada, «señora de las cortes, pues todos la sirven y a nadie sirve», antro de vagos, chulapas y chulapones, de gente de café incapaz de trabajar, que hacía de ella, al decir provinciano, el centro de todos los odios del resto de la Península, aunque también el señuelo dorado de los afanes de disipación y de molicie.

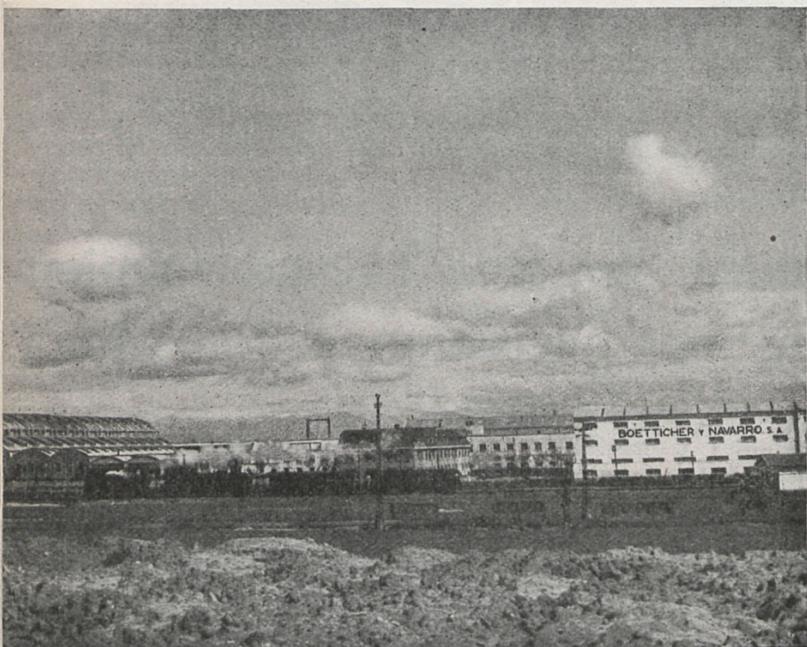
Junto al Madrid de funcionarios y artistas, de entretenidas y transeúntes, se ha ido alzando otro Madrid, industrial e industrioso,

Un obrero de la fábrica de «Boetticher y Navarro» interrumpe por unos momentos su tarea, para encender un cigarro.

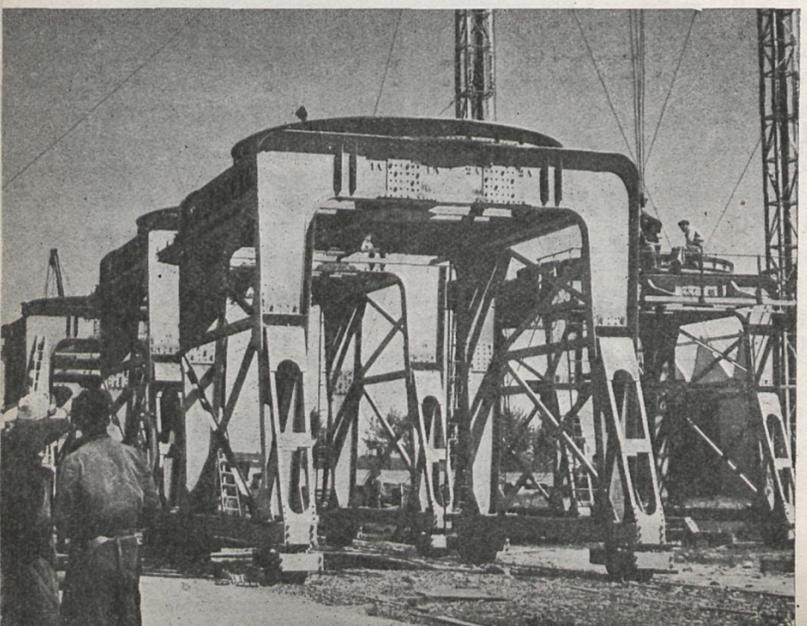




Acaba de sonar la sirena, y cinco obreras de «Marconi Española» acuden decididas a la cita de todos los días.



Arriba se nos ofrece una vista general de la fábrica de «Boetticher y Navarro» y de la «Fundición Iglesias», correspondiendo a estas últimas instalaciones las grúas que se nos presentan, abajo, en un primer plano.



que no sólo se basta a sí mismo en la mayor parte de los elementos precisos para su vida, sino que se va convirtiendo en centro de producción, del que irradian factores de economía a todo el solar de la Patria.

Aquel Madrid juergista y romántico, trasnochador e irresponsable, sólo vive ya en el recuerdo de los nostálgicos; y este otro Madrid que madruga y trabaja, va pisando los talones a la siempre industrial Barcelona, convirtiéndose, en íntima unión con su provincia, en una de las zonas industriales de más potencia económica de España.

Ya tenemos entre la capital y su cinturón provinciano de Villaverde, Carabanchel, Getafe, Vallecas, Barajas, Torrejón, Alcalá y Aranjuez, fábricas de camiones y de motos, de aeroplanos y de industrias subsidiarias de la aviación, manufacturas de aluminio, de mecanismos de precisión, construcciones metálicas, fábricas de torpedos para la Marina de Guerra, fundiciones y forjas, factorías donde se construyen rodamientos a bolas, bombas para agua, máquinas para trabajar la madera, cubertería fina, alfileres, aleaciones de metales preciosos, fábricas en que se hacen aparatos de radio de todas clases, material telefónico, lámparas incandescentes, magnetos, escobillas de grafito, conducciones eléctricas para instalaciones subterráneas, electrodos para soldaduras eléctricas...

EXPONENTE DE PRIMACIA

No es extraño, a la vista de tan larga relación, que Madrid pudiera presentar el pasado año, entre las frondas del Retiro, toda una exposición de productos siderometalúrgicos, en donde el exponente de la capital de España sostenía una primacía manifiesta junto a lo que otras zonas industriales trajeron y que era compensatorio parangón con aquella otra gran manifestación económica que la Feria del Campo había ofrecido poco antes en los alrededores de la ciudad, y la magnífica muestra de laboriosidad y trabajo que nuestros artesanos dieron en la Feria Internacional celebrada.

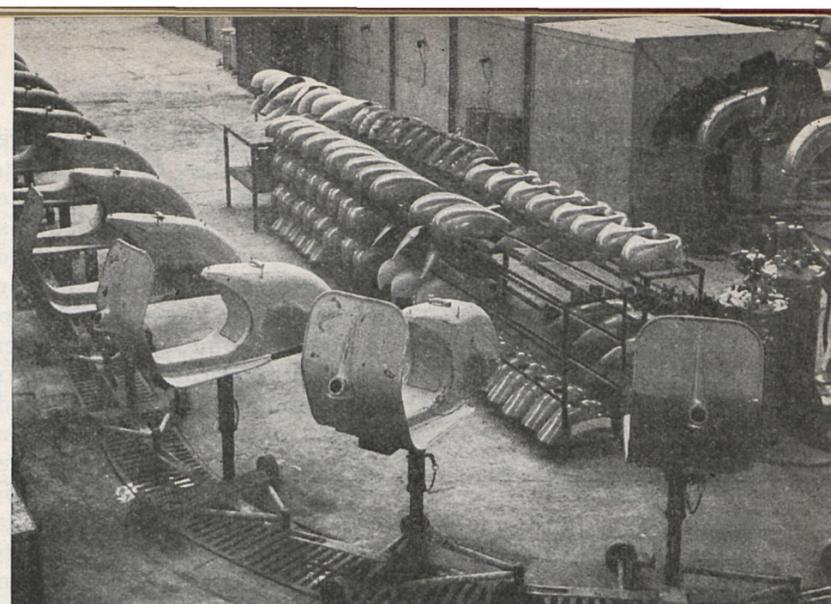
MAS
DE
20.000
EM
PRE
SAS
CON
275.000
OPE
RA
RIOS

El auge industrial en Madrid lo ha alcanzado en los últimos años, aunque el hecho de que ya en 1903 hubiese en la villa y corte 4.104 empresas industriales, nos muestra que no era del todo cierta aquella fama de mollicie de que gozaba Madrid, pues 70.000 de sus habitantes eran productores de la industria. Pero el censo industrial de Madrid crece muy lentamente hasta llegar a las 5.876 industrias en 1918 con 125.000 trabajadores y a las 11.789 en el año 1930, con un censo de obreros de 170.000 personas. Aquella nefasta época de la República que tantos daños produjo a la Patria influyó también para que se produjera un descenso en la actividad industrial madrileña, que vió reducidos sus centros de trabajo en 1936, poco antes de comenzar nuestro Glorioso Movimiento, a 9.987, pese a que el número de trabajadores había aumentado a los 180.000, lo que bien claramente es la base de aquel paro obrero que constituía la pesadilla de Madrid.

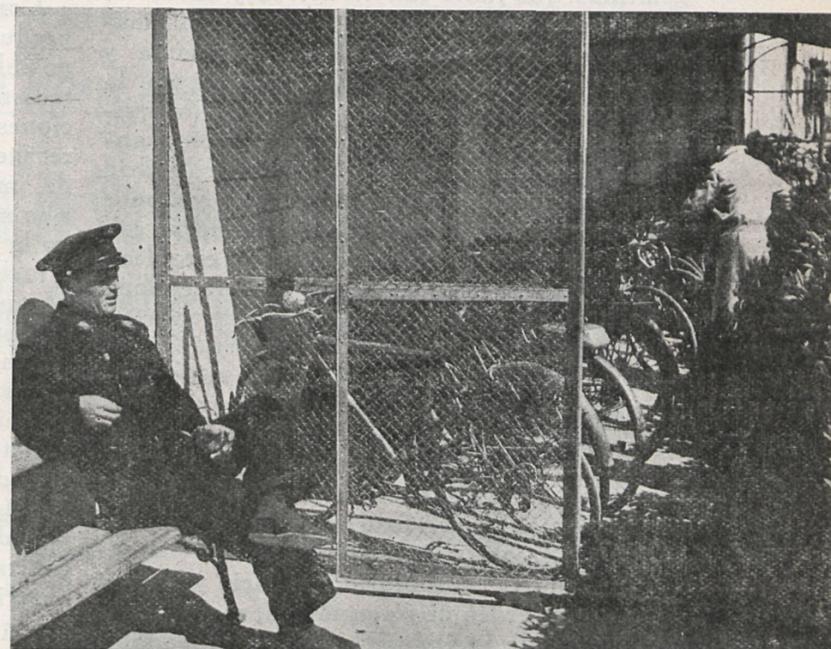
MAS DE 20.000 EMPRESAS

Transcurrida nuestra guerra de liberación, normalizada la vida española y por ende la madrileña, el desarrollo de la industria toma una curva ascendente y nos coloca al final de 1953 en más de 20.000 empresas industriales, con un censo de trabajadores de 275.000 operarios, y con más de 2.000 sociedades anónimas y empresas individuales, amén de innumerables talleres con menos de ocho obreros, que no están incluidos en las cifras anteriores.

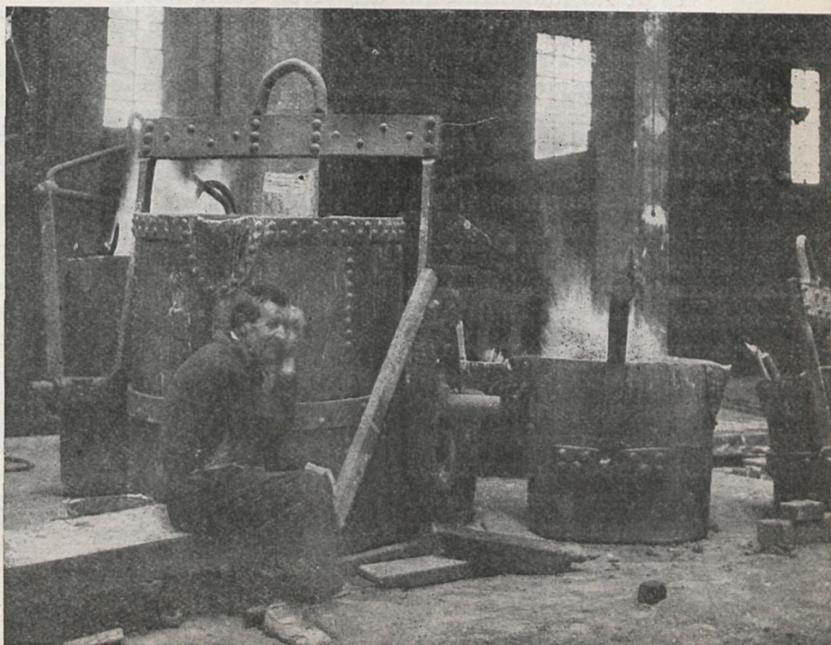
Así, al finalizar el pasado año, sin incurrir en una monótona exposición de cifras estadísticas, podemos decir en fugaz visión de lo que fué nuestro balance productor en una anualidad, que en Madrid se produjeron 600.000 toneladas de hierro fundido y 70.000 de bronce; 150 de maquinaria para obras y otras tantas en arados, 800 de calderería, 12.000 docenas de medias, 175.000 prendas de punto, 100.000 mecanismos de relojería y 300.000 de contadores eléctricos, 1.000 aparatos de a bordo para avión o coche,



Vista parcial de la sección de pintura de «Moto Vespa» en su fábrica de Canillejas.



De una de las instalaciones industriales de nuestra provincia recogemos el lugar destinado al aparcamiento de las bicicletas de sus productores y, otra vez, presentamos un aspecto de las calderas de la «Fundición Iglesias».



45.000 somniers, 14.000 camas metálicas, 30.000 kilos de platería elaborada, cerca de 2.000.000 de lámparas eléctricas, 65.000 teléfonos, más de 5.000.000 de casquillos de latón para lámparas, 5.000 y pico lámparas electrónicas, 4.000.000 y medio de lámparas para radio, 170 kilómetros de cables para electricidad y más de 11.000 de conductores eléctricos, con 32.500 líneas automáticas telefónicas, 16.000 aparatos de radio, más de 300 calefacciones, 436 ascensores, más de 60.000 relojes despertadores, 150 aviones, 29 vagones de ferrocarril nuevos y cerca de 800 reparados.

LA INDUSTRIA QUIMICA

Pero, de propósito, consignamos en párrafo aparte los 200.000 kilos de tinta y 91.000 de gelatinas, que junto con 4.000.000 y medio de ejemplares de productos y específicos farmacéuticos, 2.000.000 de dosis de vacuna y 2.000.000 de kilos de jabón, constituyen la principal partida de nuestra producción química, porque —a ella no hemos aludido antes— es en la industria química donde Madrid ha adquirido su máximo desarrollo y donde más de cerca ha llegado a parangonarse con Barcelona, pues cuenta con 1.074 establecimientos químicos, mientras que Barcelona tiene 1.965.

Esos 1.000 y pico establecimientos químicos, merece la pena relatarlos, producen aceites industriales, insecticidas, colorantes, perfumes, alcoholes, resinas, explosivos, plásticos, colas, lubricantes, ceras parafinadas, productos farmacéuticos, abonos, metaloides, ácidos y transforman caucho, destilan y elaboran materias orgánicas.

Entre Barcelona, Madrid, Valencia y Vizcaya, por este orden de importancia, se reparte el 50 por 100 de la industria química española, y solamente Madrid y Barcelona alcanzan el 35 por 100. El efecto centralizador que Barcelona y Madrid producen en esta industria, es de tal magnitud que desvirtúa cualquier estimación que quiera hacerse de la restante pequeña industria química.

No hay que esforzarse mucho más para lograr el convencimiento de que Madrid crece y se ensancha; pero no sólo en un sentido material de la edificación, sino en un volumen económico de su industria. Si faltara algo para completar esta impresión de engrandecimiento que convierte a la vieja villa y corte en centro provincial de una de las zonas más industriales de España, bastaría con aludir a la industria del cinematógrafo, que está convirtiendo en pequeño firmamento estelar a toda una extensa zona madrileña. Y si aún no fuera bastante, podemos agregar que no es sólo el músculo lo que en Madrid se desarrolla, sino

el cerebro director y pensante del engrandecimiento industrial de España, por medio de ese gran emporio de la ciencia, en donde nuestros sabios investigan la causa y razón de las cosas, para deducir los beneficiosos efectos que han de convertir nuestra industria en una de las más potentes del mundo.

Bien claro está que nos referimos al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, integrado por ese conjunto de Institutos localizados en majestuosos edificios de Madrid principalmente, y en los que todas las ramas de la ciencia abren sus secretos a nuestros físicos, a nuestros químicos, a nuestros matemáticos, a cuantos darán la norma y el pulso de la industria madrileña.

AUN NO HAY INDICES ESTADISTICOS

Como el auge industrial madrileño se está produciendo precisamente en estas horas, no es posible todavía traer índices y porcentajes estadísticos que apoyen nuestras simples afirmaciones periodísticas. Los índices y series que recoge el «Anuario Estadístico» del Instituto del mismo nombre, están cerrados en 1950 ó a lo más en 1951, que es precisamente cuando la mayor parte de esta industria empezaba a instalarse. Por eso, el examen de tales datos no nos da la comprobación de la importancia industrial madrileña de hoy, que ha movido a alguna revista a calificar ya de segunda zona industrial de España a la provincia de Madrid. Tal afirmación no puede hacerse con rigor estadístico, aunque es muy explicable el fervor periodístico que la motiva. Sin embargo, ya del Anuario Estadístico de 1952, último publicado y con referencia a datos de 1950, encontramos un punto de referencia del auge industrial que Madrid empieza a registrar, al ver que en nuestra provincia aparecen como cotizantes en el subsidio familiar 28.607 empresas, frente a 49.116 censadas en Barcelona; y 379.855 asegurados, frente a 524.319 en la capital catalana, cifras que en próximas ediciones del citado Anuario, cuando éste recoja datos de 1953 y 1954, hallarán una plena rectificación.

Pero ya de por sí estas cifras, insistimos, son muestra del volumen de la importancia industrial madrileña, pues que siendo Barcelona la primera en cantidad de asegurados en el subsidio familiar y Madrid la segunda, la tercera, cuarta y quinta, muy emparejadas entre sí, son Vizcaya, Valencia y Oviedo con un censo de asegurados en tal subsidio que va, en orden decreciente, de los 129 a los 122.000. Si los asegurados pueden ser un índice de la producción, la provincia de Madrid es ya la segunda zona productora de nuestra Patria.

JOSE MORALES LOPEZ